

algo de religioso. No se puede borrar, como en mal hora han creído muchos; la idea religiosa de la conciencia humana. Como la familia, y el estado, y el arte, y la ciencia, la religion es un grado de la idea, es una fase del espíritu. En su virtud el hombre cree en un mundo superior, en un ser supremo, y funda su pasajera existencia en una existencia perenne. Arrancad ese sentimiento del corazón humano, y el hombre será un fantasma, y él planeta un sepulcro. La religion es intuitiva, asiente inmediatamente á la idea, se alimenta más de la fé que del raciocinio, confunde el espíritu individual con el espíritu absoluto. Así es, señores, que en toda la historia encontraremos como lo verdaderamente fundamental, como lo humano en esencia, este ideal religioso, más ó ménos puro, más ó ménos grande, pero siempre visible como la luz de la vida. Por eso creo, señores, que no debemos menospreciar ninguna de las grandes manifestaciones religiosas de la antigüedad, pues todas ellas componen la idea total religiosa de un mundo. De todos estos movimientos, más ó ménos imperfectos, se ha alimentado el espíritu de nuestros padres en la sucesion de los siglos. Estudiadas absolutamente en sí, encontrareis vanas, mentidas, inmorales, oscuras, todas estas religiones antiguas. Pero estudiadlas en el momento en que aparecen, comparad sus dogmas con dogmas anteriores, y al-

canzareis que unas han despertado el sentido de lo bello en el hombre, que otras han lavado de sangre humana los altares, que todas son preferibles al descreimiento, á la desesperacion; serpien-tes que hubieran ahogado á la humanidad en su cuna. De la religion del sentido, del fetichismo, se elevó el hombre á la religion de la fuerza, al dualismo. Del dualismo pasó á la religion del trabajo y del comercio. De aquí empezó á nacer la religion del arte, de la hermosura, el politeismo. Fué en su primer período de vida el politeismo la religion sencilla de la naturaleza. Y en el segundo período de su vida una teocrácia. Y en el tercer período una protesta del espíritu individual contra esa teocrácia, una elevacion de la conciencia humana sobre los oráculos, una adoracion de la naturaleza del hombre. Y en su último período fué una filosofia. El espíritu, pues, necesitando de más altas ideas, pedia á los cielos, á lo infinito, despues de haber recorrido en vano para apagar su sed religiosa todas las profundidades de la naturaleza, pedia una revelacion.

La historia y la literatura nos guardan grandes testimonios de esta vivísima necesidad del espíritu, de este misterioso presentimiento del corazón humano. Unos marineros que en tiempo de Tiberio vagaban en noche de luna por los mares de Sicilia, oyeron alzarse plañidera voz, como un lamento de las olas, que decia: «El dios Pan



ha muerto.» Un poeta que naciera á la sombra de los sáuces y de los olmos donde suspiraban los antiguos dioses, cantaba con lira heredada de Homero un florecimiento nuevo de la naturaleza, la tierra coronada de flores; el trigo y la vid ofreciendo de grado, sin necesidad de trabajo, sus espigas y sus racimos; la miel destilando del tronco de las encinas, y las ovejas y las vacas corriendo á llevar á los apriscos sus pezones exuberantes de leche; porque purificaba toda vida, volvian los tiempos de la antigua virtud, de la pristina inocencia. Los pueblos egipcios, olvidados de sus dioses sin acertar siquiera á leer los geroglíficos en las paredes de sus templos, ni los enigmas que llevaban escritos sus esfinges en la frente, abrian sus santuarios para alojar en ellos á Vespasiano que volvía de Oriente manchado de sangre, y que brillaba sin embargo á los ojos de los adoradores de los astros con el brillo de un dios, porque buscaban un redentor á sus dolores. Los hijos de Partenope, donde el paganismo estaba arraigado en las entrañas de la misma naturaleza, como oyeran hablar de la inmortalidad de la vida del alma á un filósofo griego, le tomaron por dios, y le ofrecieron altares. Los gentiles de Siria y de la Palestina seguían á Apolonio de Thiana, embargados por sus ideas pitagóricas sobre Dios y las armonías de los mundos, únicas esperanzas de sus desolados corazones. Los esenios despobla-

ban las ciudades de Oriente y llenaban los desiertos, y entre la maceracion y la penitencia solo tenian fuerzas para pedir al cielo que enviara al que habia de venir. Los judíos de Jerusalem contaban á sus hijuelos que se acercaba un Mesías, pronto á dar á la ciudad santa, decaída de su antigua grandeza, desierta y ruinosa, por escabel la tierra. Los descendientes de los macabeos afilaban sus espadas porque le esperaban sentado en carro de nubes, precedido del relámpago, seguido del trueno, acompañado del rayo, pronto á precipitar en los abismos á los enemigos de Israel. Y tantas esperanzas se cumplen, y tantas profecías que pasaban como aves agoreras por el cielo del espíritu humano, se realizan. El que habia de venir, viene; el que habia de llegar, llega. Pero no viene ni el sabio que esperaban unos, ni el rey que esperaban otros, ni el guerrero que los más esperaban; sino el varon pobre y humilde, que acepta nuestras grandes desventuras y las santifica, y tiene frio en el establo, hambre en el desierto, tentaciones en la soledad, dolor al apurar las heces de su cáliz, amigos que lo niegan, discípulos que lo venden, pueblos que lo injurian, soldados que lo hieren, tristeza sobre todas las tristezas cuando desfallece su cuerpo bajo los desgarradores clavos de su cruz, y se exhala su último aliento de sus labios amargados por la hiel de todos los dolores juntos: que el que ha de redimir la conciencia hu-



mana no pertenece á los fuertes sino á los débiles, no á los opresores sino á los oprimidos, no á los tiranos sino á los esclavos, como destinado por el Eterno á avivar con su vida la caridad y el amor, á matar con su muerte la opresion y la servidumbre. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

El Cristianismo no es solamente una nueva religion, es una nueva vida. No ha venido de improviso, pues era necesario que estuviera apercebida la conciencia humana por una larga preparacion providencial á recibirlo en su seno. Todo lo que debia trasformarse para este gran momento se habia transformado. Todo lo que debia morir habia muerto. Una larga educacion religiosa, filosófica, política, habia preparado el espíritu humano á recibir la verdad. Dos razas principales se dividen el mundo en esta gran crisis de la historia. Estas dos razas eran como dos organismos de dos grandes ideas. Las razas á que me refiero era la raza semítica y la raza indo-europea, antinomia de la historia. La primera en sus desiertos, por medio del pueblo hebreo, que era como su sacerdote, conservaba pura la idea de la unidad de Dios. La segunda á la orilla de sus mares y de sus rios, entre sus bosques y sus selvas, habia comprendido y abrazado, en virtud de su filosofía, que representaba Grecia, y de su derecho que representaba Roma, la idea del hombre. El Cristianismo debia armonizar esta grande antinomia

en una síntesis. A este fin la raza semítica le ofreció su religion, la raza indo-europea su ciencia. Mientras Isaías, Daniel, Zacarías, Agías, son los profetas de la fé; Sócrates, Platon, Aristóteles, son los profetas de la razon y de la ciencia. Los profetas hebreos preparan, en virtud de su ministerio divino, la conciencia religiosa á recibir la buena nueva. Los filósofos griegos providencialmente van acercando la ciencia á los altares del Dios-espíritu. Señores, ante este maravilloso espectáculo, admiremos con religioso entusiasmo la ley providencial que rige toda la historia. El postrer sacerdote del antiguo templo, el pueblo judío, daba una nueva religion á la vida, y el lictor del nuevo templo, el pueblo romano, abria paso con sus haces entre las naciones, para que esa nueva religion llegara á triunfar en el espíritu de la humanidad.

Consideremos un instante la crisis de la idea semítica y de la idea heleno-latina en esta edad decisiva de la historia. El gran representante de la raza semítica, señores, sin duda alguna es el pueblo hebreo. Su destino fué conservar la raiz de la vida, la idea de la unidad de Dios. Pero olvidado de este destino superior por el cántico del paganismo, que resonaba de continuo en sus oidos, estuvo á punto de contrariar el fin providencial de su vida. En tal sazon fué arrancado á sus hogares y á su templo, y con la cadena al pié y ata-



das las manos á las espaldas, conducido cautivo á Babilonia. En su desgracia renació su fé, y con su fé otra virtud no ménos grande, su esperanza. Por obramiligrosa de esta esperanza veia de continuo venir el Mesías por los celajes de Oriente. A esta idea se unia la nostalgia, ese dolor por la patria ausente, que es uno de los dolores más vivos que pueden rasgar el corazon humano. Al viento que pasaba, á la golondrina, á la cigüeña, les decia el pueblo cautivo que bebieran los aromas de las rosas de Jericó, que bañaran sus alas en el torrente Cedron, que suspendieran un momento su vuelo sobre el mar de Joppé, y que al cruzar entre las ruinas de los templos y las piedras diseminadas del santuario, en cuyas aberturas vegetaban las ortigas y anidaban los buhos, al rozar el polvo donde dormian las cenizas de sus padres, derramaran allí un eco del lamento de los hijos de Israel, más largo y estridente que el eterno sonido de sus cadenas. Así es que el único refugio del corazon dolorido del pueblo era la esperanza en su Mesías. Concluida la esclavitud babilónica, empezó de nuevo una educacion religiosa para aquel gran pueblo. Sus sacerdotes pusieron mayor empeño en apartarlo del contacto del mundo para que no volviese á caer en la idolatría. De aquí provinieron los fariseos, que separaban á Israel de todos los pueblos y lo aislaban en el santuario. Su espíritu pendia de la sinagoga como la fruta del

árbol. A esta secta pertenecieron los macabeos. Los saduceos, en cambio, que se levantaban frente á frente de los fariseos, trataban de unir el pueblo judío con todos los pueblos, y de enseñar su único Dios á todos los dioses, para que todos le prestaran acatamiento. Estos desmentian la historia de su raza. De ellos fué Caifás, de ellos Josefo. Pero estas dos tendencias, aunque tenian mucho de extremas, tenian tambien mucho de saludables. Ambas á dos se compensaban en ese equilibrio del instinto de conservacion con el instinto de progreso que forma la armonía de la vida. Sin los fariseos, la idea de Israel se hubiera perdido en sí, al paso que sin los saduceos se hubiera perdido para el mundo. Los unos conservaron la luz, pero los otros hicieron que la humanidad la descubriera como un faro encendido por Dios á la entrada del puerto que le reservaba en su amor. La idea de Dios habia sido la idea de un pueblo; era necesario, pues, que fuese la idea de la humanidad. A este fin nada podria conducir como la union de las dos razas que se dividian el mundo; de la raza que poseía la idea de Dios y de la raza que poseia la idea del hombre. Pero ¿en qué camino podrian encontrarse estas razas? El genio que ocurrió á esta necesidad fué Alejandro. Su espada abrió á golpes las puertas del Oriente, que habia sido como un templo inexplorado é inexplorable. La Isis oriental perdió su es-



peso velo de sombras entre las atrevidas manos del jóven conquistador. Las ruedas de su carro, donde iba como una condensacion del genio de Grecia aparecida en Asia, señalaban con sus huellas el camino por donde podian encontrarse las dos razas. En efecto, los helenos iban llamados por una vocacion divina á Jerusalem, la ciudad de la teología; los hebreos á su vez iban á Alejandría, la ciudad de la ciencia. Por esta comunicacion misteriosa de dos razas se compenetraban y se confundian dos ideas. La idea divina y la idea humana pugnaban por encerrarse en una síntesis luminosa. Los hebreos animaban la metafísica griega con la idea de Dios. Los griegos despertaban una filosofía judáica al lado de su antigua teología. Los unos revelaban su Dios único, los otros sus logos platónicos. Así se producía un movimiento religioso que iba á buscar instintivamente la luz del Cristianismo. Y cuando todo estaba preparado, cumplidas todas las profecías, realizadas todas las divinas promesas, maduro el espíritu humano, apareció Jesús, que venia á levantar sobre las castas, sobre las razas, sobre la frente de todos los pueblos la religion universal del espíritu.

Los primeros cristianos hijos de la sinagoga no alcanzaban el sentido universal, la trascendencia humanitaria del Cristianismo. No comprendian que así como los Apóstoles dejaron de predicar á

los sacerdotes y á los sabios para predicar á los ignorantes y á los humildes, el Cristianismo dejaba de ser la religion de una raza para convertirse en la religion de la humanidad. Los primitivos cristianos practicaban las ceremonias de la antigua ley, creyendo que la sinagoga era aún su templo. De aquí la confusion primitiva de los cristianos y de los judíos. Más á predominar tal sentido religioso, el Cristianismo se convirtiera en una de esas sectas que se perdian en los desiertos de Palestina como los esenios, como los ebionitas. El primero que protestó contra este aislamiento de la idea cristiana fué San Estéban. Los fariseos que por algun tiempo halagaron á los cristianos despues de haber crucificado al fundador del Cristianismo, por creer que les auxiliarian en la sublevacion que premeditaban contra Roma, se indignaron, é hicieron del jóven Apóstol el primer mártir de la buena nueva, sacrificado á un mismo tiempo en aras de la causa de la humanidad y de la causa de Dios. Mas era preciso atraer al pueblo judío á la nueva idea. Poseido éste de grosero materialismo, no creía que Jesucristo fuese el Mesías, porque Jesucristo no habia tenido más trono que su cruz, ni más diadema que su corona de espinas. Imaginaba que el jefe de una religion verdadera debia ser jefe de los reyes. Tal error anda aún hoy en valimiento. Aún se cree que no puede ser pontífice de la religion cristiana el



sumo sacerdote que representa su unidad, si no lleva una frágil corona de rey, calcinada ya por el rayo de nuestras grandes tempestades revolucionarias; error grosero que está condenando á voces la historia inmortal del Cristianismo. (Aplausos.) Los judíos, pues, algo semejantes á nuestros neo-católicos y tradicionalistas (Risas), creían que Jesús no era Salvador porque Jesús no era rey. Entonces los Apóstoles comenzaron á ponerles delante de los ojos la segunda venida del Salvador sobre las nubes que relampaguearían gloria y majestad. Prescindiendo de las causas universales, esta fué principalmente la causa ocasional del Apocalipsis de San Juan. Las grandes profecías apocalípticas nacen despues del cautiverio de Babilonia. El más grande entre los profetas apocalípticos antiguos es Daniel. Su pensamiento está fijo en la venida del prometido al pueblo judío, del Mesías, que aparecerá despues de la caída de cuatro monarquías, cuyas ruinas vé Daniel rodando por el polvo. Estas creencias apocalípticas en las cuales se muestra el influjo que el mazdeismo ha ejercido sobre los cautivos de Babilonia, eran el alimento del pueblo judío, el alma de sus esperanzas. La gran tradicion apocalíptica se abre con el anuncio de la primer venida del Mesías por Daniel, y se cierra con el anuncio de la segunda venida del Mesías por San Juan. Yo bien quisiera poder hablar del Apocalip-

sis, y evocar aquí sus imágenes gigantescas, sus cuadros asombrosos. Para pintar este libro necesitaria el pincel de Miguel Angel; para hablar de él necesitaria la tempestuosa elocuencia del Dante. Atended, señores. El silencio se extiende sobre el universo; calla la música que forman las estrellas en sus misteriosos círculos y el rumor que como religiosa plegaria elevan á las alturas todas las cosas; Cristo, inclinado sobre el abismo de los infinitos espacios, arranca al misterioso libro sus sellos que guardan el secreto destino de los mortales; y al romper el primero se alza la conquista que somete á todos los pueblos bajo sus hierros, y al romper el segundo la guerra que los anega en sangre, y al romper el tercero la peste que los diezma, y al romper el cuarto el hambre que los aniquila; hasta que un huracán inmenso, universal, que arrastra en sus torbellinos los mundos, como el viento del otoño las hojas secas, rolla como un pergamino los cielos, ennegrece el sol, ensangrienta la luna, sumerge las islas en las entrañas de los mares, desgaja los montes, despierta á Satanás, que, agitando sus negras alas, rueda, poseido de epiléptica risa, alrededor de la universal destruccion como un murciélago de esta última noche del mundo; caos de lágrimas, de dolores, de voces iracundas, de rechinar de dientes, de mónstruos, de esqueletos que van buscando en los desconcertados planetas los filamen-



tos de sus carnes; caos, sobre cuya hirviente materia los ángeles esterminadores vierten la copa de sus divinas iras y blanden sus espadas largas como sangrientos cometas; pero caos del cual se levantan como la luz sobre la tempestad, los elegidos, los mártires, agitando sus palmas en las manos, subiendo en pos del cielo en que brilla la Virgen misteriosa, vestida del sol, calzada de la luna, ceñidas las sienes con una diadema de doce estrellas, inundada de místicos resplandores; y más allá el arca de la alianza, la Jerusalem celeste, de jaspes y de cristales, á cuyos pies corre cristalino y trasparente como en el Paraíso el río de la vida; y sobre todo el trono altísimo que guarda al Eterno Sér, envuelto en los arreboles de la luz increada, y en cuya presencia los ángeles, los querubenes, los serafines, los arcángeles, pulsando sus arpas, batiendo sus alas, entonan un hossanna infinito, cuyos ecos inundan de alegría toda la gloria y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliación de las criaturas con su amoroso Creador. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Pero á fin de llamar á la verdad á los que se perdían en el antiguo templo y comprometían el depósito de la religion cristiana, suscitó Dios el gran génio, el Apóstol de los gentiles, San Pablo. Su conversión fué el milagro de la fé, el milagro que resucitaba, no un cuerpo muerto como el de Lázaro, sino un alma corrompida por los errores

del fariseísmo. Esta conversión hizo de aquel juicio egoísta, que miraba con recelo á todos los pueblos, el hombre-humanidad que estrechaba contra su pecho todas las razas y las llevaba al pié de los altares del Cristianismo. Era necesario sacar la luz del antiguo templo é iluminar con sus resplandores el alma de todas las gentes. ¡Qué grande se muestra en el cumplimiento de esta obra San Pablo! Los Apóstoles conocieron á Jesús, y unos le negaron y otros le vendieron; todos le abandonaron en las horas de la persecución. San Pablo, su enemigo, desde que le vió en espíritu, desde que le conoció en su idea tan grande como su vida, le fué fiel hasta la muerte, hasta el martirio. Detengámonos un instante en presencia del Apóstol con todo el recogimiento que pueda inspirarnos cuanto hay de grande y de divino en el hombre. En su fé habia mucho del carácter semita, en su elocuencia ecos de la palabra griega, en la universalidad de sus pensamientos todo el ideal romano. En Atenas fuera platónico, en Alejandría gnóstico, en Roma estóico y en Jerusalem fariseo. Su grande alma, nacida para los grandes pensamientos, para los infinitos amores, se inclinaba siempre á las ideas absolutas, extremas, únicas que pueden formar la atmósfera de los fuertes caracteres. Convertido ya aquel hombre extraordinario, que habia derramado sangre cristiana, la nueva idea penetró con fuerza en su conciencia,



prendió en ella, avivó su corazón y le obligó á buscar al judío, al griego, al romano, al asiático, para revelarles la fé que ardía en su inteligencia, el amor que abrasaba su corazón. Su espíritu era uno de esos que han nacido para la controversia, para la propaganda, y que no pueden contenerse y se desbordan sobre el mundo para avivar con su vida todos los espíritus. El genio de la predicación nació con él y le movía á ir errante de nación en nación, como si no tuviera ni más patria ni más hogar que su idea, ni más madre, ni más hijos, ni más familia que la humanidad entera. De esta suerte iba á la Siria, donde los dioses griegos se transformarían, y enseñaba la trasfiguración de la humanidad en el Calvario; á la Arabia, á hablar al pueblo nómada á la entrada de sus tiendas del Dios de sus padres; á Chipre, en cuyas espumas naciera Venus, á ahogar el amor pasajero del sentido en los resplandores del amor del alma; á Éfeso, á acallar los oráculos con el grito de la fé que exhalaba la conciencia humana; á Atenas, á decir á los griegos que el Dios desconocido debía llenar el antiguo templo, porque se acababa de revelar con toda su grandeza; á Jerusalem, á anunciar á aquel pueblo su ruina en castigo de su ceguera; al desierto, á domar con la maceración y la penitencia el tumulto de sus pasiones; al mundo todo, á reconciliarlo en un abrazo infinito con Dios. En San Pedro predomina el sentido semítico, porque

Dios le destinaba al sumo sacerdocio de su Iglesia y á fundar su gran magistratura, y á convertir el Oriente; en San Juan predomina el sentido griego, porque Dios le destinaba á llevar al pié de sus altares la sirena de las naciones, la Grecia; pero en San Pablo predomina el sentido romano, ó mejor dicho, universal, como si Dios le hubiera destinado á verter el agua del bautismo sobre todas las razas. (Prolongados aplausos.)

Señores, el sentido humanitario de San Pablo debía levantar grande oposición entre los que aún creían en la virtud y en la fuerza del judaísmo. Estas luchas, estas oposiciones, indicaban la vida que latía en la conciencia regenerada de aquellos hombres, cuya sociedad para los judíos era una secta y para la historia una Iglesia. Mientras los cristianos agitaban así los más grandes problemas que pueden interesar á la conciencia humana, el silencio reinaba sobre el paganismo, el silencio, ese compañero del frío de la muerte. Pero estas luchas entre los primeros cristianos cesaron desde el punto en que se oyó la voz de la Iglesia en el primer Concilio. La autoridad en la nueva fé había sido confiada á Pedro. Y la solución de todas las grandes cuestiones que agitaban la conciencia de los cristianos á la Iglesia universal. Una vez oída la voz de la Iglesia en el Concilio de Jerusalem, la paz reinó entre los cristianos. Hay un libro admirable en estos primeros tiempos que nos enseña



manifiestamente la paz de los espíritus, y es el libro de las *Actas de los Apóstoles*. Mas era necesario un ángel de luz que coronara el gran siglo apostólico y llevara al cielo las lágrimas de tantos mártires, las oraciones de tantas almas puras; y en tan sublime instante reapareció San Juan, que en la isla de Patmos, en los mares griegos, donde resonaba el cántico de la sirena escondida en las ondas, donde aún se veían por los celajes del horizonte las formas seductoras de las antiguas diosas, entre aquella riente naturaleza, elevó la idea del Verbo sobre el nuevo altar del Cristianismo, coronando así el más grande entre los siglos, esa época que comienza con las primeras palabras de Cristo y concluye con las últimas palabras de San Juan. Y contemplad, señores, la gradación misteriosa de las ideas. San Pedro explica la ley, las relaciones del Cristianismo con lo pasado; San Pablo la fé, la universalidad del dogma; San Juan el Verbo, la divinidad del dogma. En San Pedro predomina ese gran sentimiento de conservación, propio de la autoridad sagrada que funda en la vida, que inicia en la historia. En San Pablo se vé ese instinto de progreso, ese amor á la humanidad, ese inquieto sentimiento de propaganda que vá á llamar á la comunión de la nueva idea á todas las gentes. San Juan corona con el Verbo toda esta gran transfiguración religiosa. Todos los evangelistas anteriores nos habían mostrado prin-

cialmente la vida de Jesús en el mundo, y San Juan nos muestra la vida de Jesús en el cielo. Mientras San Mateo comienza su Evangelio dándonos la genealogía de Jesús, y San Lucas descubriendo su encarnación y su nacimiento, y San Marcos su bautismo, San Juan nos habla del Verbo que fué antes que fueran los abismos del espacio, que llenó la eternidad con su esencia, increada palabra, eterno ideal y eterno instrumento de la creación, de la inteligencia, vida de la naturaleza. Por estas misteriosas ideas la humanidad se levantaba del polvo y aspiraba á su unidad, y se unía á Cristo, como Cristo está unido á su Padre, unión que era el ideal del Evangelio.

Pero ¿de qué suerte se conmueve la conciencia pagana con el anuncio y la venida del Cristianismo? Es indudable que antes del Cristianismo hay un oscuro movimiento religioso producido por esas esperanzas mesiánicas no bien aclaradas en la conciencia humana. Es indudable que ese movimiento sigue, se aumenta después del Cristianismo, y toma algunos de sus principios, y los confunde con las tendencias de las antiguas religiones, como si la idea pagana ofuscada por la nueva deslumbradora luz no comprendiera bien la revelación que iba á ser el alimento del espíritu. El Oriente se debía conmover al recibir la doctrina cristiana. Esta impresión hecha por la nueva idea en su conciencia, aún no resuelta á



dejar sus símbolos y sus doctrinas, se llama gnosticismo. Como no es un sistema, como no es una idea incondicional, sino una sensación, la sensación que produce en el alma panteísta del Oriente el Cristianismo, la gnosis, como toda sensación, es varia, múltiple, y de mil distintas formas. Ya sabéis, señores, el estado en que se encontraba el mundo al aparecer el Cristianismo. El Oriente había dado á la historia la idea de Dios, pero sin separarla de la naturaleza. Solo el pueblo judío, que es una excepción en la historia oriental, llegó al monoteísmo puro. Grecia había dado la idea del hombre, pero ofreciéndola principalmente en la hermosa esfera del arte. Roma había dado la unidad al mundo, pero la unidad material. El Cristianismo sobre el dios-naturaleza del Oriente elevó el Dios-espíritu; sobre el hombre griego el Verbo divino; sobre la unidad material romana la unidad moral, la unidad inquebrantable del linaje humano. La antigüedad dió de sí tres sistemas filosóficos que preparaban el mundo antiguo á recibir la idea cristiana. Estos tres sistemas miraban á tres regiones por esas misteriosas armonías que hay entre el espíritu y la naturaleza. La filosofía mística de Platon miraba á Oriente, la filosofía humana de Aristóteles á Grecia, la filosofía moral de los estóicos á Roma.

El espíritu humano buscaba al Cristianismo. Y vino, y para rechazarlo se congregaron todas

las sectas, todas las filosofías, en las creencias gnósticas. El Oriente, herido con la nueva luz, no quería desecharla, pero tampoco quería renunciar á sus creencias, á sus templos, á sus dioses, á su larga y esplendorosa mitología. La sencilla y moral doctrina cristiana no alcanzaba á llenar el abismo de su alma como lo llenaban las gerarquías de sus ángeles y los coros de sus esfinges, y los ejércitos de sus dioses que poblaban los aires, y brillaban en los astros, y cantaban en las selvas, y como la brillante luz del sol inundaban toda la naturaleza. Así es que el gnosticismo ideaba no la oposición de la idea cristiana, ideaba una síntesis universal en que el Cristianismo entrara como entra un término en la serie, un eslabon en la cadena. Tal idea era peligrosísima, porque quitaba al Cristianismo la fuerza espiritual en cuya virtud redimía al hombre y lo alzaba del seno de la naturaleza donde el espíritu estaba dormido é inconsciente, á manera del feto en las entrañas maternas. Pero por virtud de su misterioso sincretismo, las doctrinas gnósticas ofrecían á la nueva idea todo lo que la humanidad había creído y amado, y lo ofrecían como en holocausto. Examinadlas si es que podeis hallar una idea que os ilumine, y vereis en ella el Dios hebreo en su majestuosa soledad, la lucha de los ángeles de luz y de los ángeles de tinieblas, los dioses griegos, las armonías pitagóricas, el misticismo platónico,